

Desde pequeña me gustó pintar más que nada. Un rato libre que tuviera era para eso

PROFETAS EN SU TIERRA

Catalina Alcaide Zafra

La alfarería de La Rambla está cambiando, innovando, aplicando otras técnicas

La ceramista de La Rambla

Una mujer que pone todo su arte en la decoración de cada pieza

LUIS MENDOZA PANTION

No es feminista. Simplemente considera que la mujer y el hombre son diferentes en lo que puede verse, tocarse u operarse. Por dentro, la mujer y el hombre son como la mujer y la mujer: distintos en ilusiones, capacidades, empeños, sensibilidad... En esas diferencias está el contraste, el complemento, lo que hace que la vida no sea una monotonía, que los días se sucedan entre sobresaltos, afectos, ternuras, sonrisas, contradicciones, placeres y dolores.

Catalina no es representante de su sexo. Al menos, no es lo que aquí se pretende al colocarla como "profeta" de La Rambla. Pudiera suponer, no obstante, una alegría para ellas, para las que aún creen que existen diferencias. Catalina, y es mi intención, aparece como modelo para cualquier ser humano, ya que no sólo posee unas cualidades innatas, en este caso, artísticas, sino que se levanta cada mañana con la intención de dar cuanto tiene. La voluntad y la búsqueda son los mayores valores de su persona.

Nos recibe ocupada en despachar un pedido, sin separarse de la pieza de barro que anda decorando. Mientras termina, vemos aludicén a pocos metros, vasijas, botijos, platos... Los motivos ornamentales son de lo más variado: desde simples florecillas, hojas y pájaros, muchas veces, inexistentes, hasta reproducciones de pintores clásicos, especialmente, españoles e italianos. Arte y artesanía se funden en sus manos para sacar un producto vistoso, agradable, útil o simplemente bello.

Catalina jamás asistió a una escuela de arte. Estudia en los libros, en las colecciones de láminas que posee. Después, saca lo que lleva dentro para mezclar colores y conseguir formas. Tiene una cosa clara: es feliz con su trabajo, depositando sobre la superficie del barro el latido de sus vivencias, de sus ensueños, de todo aquello, real o imaginado, que corretea por su interior.

Decoradora

—Puedo llamarla artesana, alfarera, ceramista, pintora, decoradora... ¿De cuántas maneras la podemos llamar?

—Lo podéis calificar como queráis. Me dedico a la cerámica. Principalmente a la decoración de la cerámica. Yo no hago las piezas porque no me gustó nunca trabajar en el torno. Tengo oportunidad de desarrollarlo, pero no me gusta.

—Aquí, en La Rambla, es tradicional este tipo de trabajo. ¿A usted le viene de familia?

—No. Somos sólo dos hermanos y a los dos nos ha gustado este trabajo, pero no tenemos alfareros en la familia. Desde pequeña me gustó pintar. Un rato libre que tuviera era para eso.

Hace ocho años, tuve oportunidad de poner un negocio por mi cuenta. Mi hermano, que es también mi socio, aprendió el torno desde muy pequeño. Al principio trabajé en la calle, en otra empresa, pero me establecí o nos establecimos por nuestra cuenta.

—Entonces, empezaría hecha una chiquilla. ¿Qué tal la escuela? ¿No quiso estudiar?

—La verdad es que no me fueron



Sus motivos ornamentales son de lo más variado.

bien los libros. Mis maestras me animaban en lo que era mi mayor habilidad. No puedo quejarme de ninguna. Pero es que tuve una anorexia nerviosa a los doce años y lo pasé muy mal. A partir de ahí, con mi afán de aprender, de querer descubrir y ser la primera, todo se me puso en contra. Caí en aquello y por más que me animaban las maestras, no hubo forma.

Debo destacar eso: desde pequeña, la nota de dibujo era sobresaliente, sin ningún esfuerzo. Era algo que llevaba dentro. También me gustaban las matemáticas, las sociales, las ciencias... Ya le digo: tenía unos enormes deseos de aprender. Sólo me sentía segura cuando llegaba a saber las cosas. Pero con la anorexia, todo cambió. En el último año de la básica todo fue dislocado.

Mis maestros me aconsejaron que siguiera desarrollando mi capacidad en lo que me gustaba, en Bellas Artes. Pero yo me metí en mí y no hubo manera.

Entonces me pasó y me pasa también ahora: como yo tenga una idea y vea posibilidades de llevarla a cabo, machaco y machaco hasta que sale.

—¿Puede ser una de sus mejores cualidades la voluntad?

—Sí, sin duda. La tenacidad, la

voluntad... y las ganas de querer hacer algo que esté bien hecho.

—Siempre orientado hacia la cuestión artística: la decoración, la pintura...

—Sí. Toda mi vida profesional la enfoco hacia la aplicación del arte en la cerámica. Podría buscar una ampliación de estudios para adquirir otros conocimientos, otras técnicas... O moverte en plan de organizar exposiciones a niveles regional e internacional.

Los alfareros no estamos muy mentalizados, quizá tampoco preparados para llevar un negocio en condiciones, como se tendría que llevar hoy día. Estamos preparados para trabajar, pero no para dar difusión a lo que hacemos, para promocionarlo y que se conozca en todas partes.

Lo que hoy vende y estimula es la imagen, el que te vean y conozcan y valoren lo que sale de aquí. Si es bueno, que para mí lo es, seguirá siendo bueno, pero con el aliciente del reconocimiento de la gente.

Cambios, innovaciones

—Supongo, Catalina, que con esto de la cerámica de La Rambla está sucediendo como con el vino de Montilla-Moriles: en todo el mundo se conoce, pero fuera de aquí raramente lo encuentras.

—Date cuenta de que lo que es la alfarería de La Rambla está cambiando, innovando y aplicando otras técnicas sin parar. Hace diez años, sólo se hacía el típico y vulgar botijo blanco y cosas de utilidad: cántaros, jarras, platos... Piezas vi-driadas y eso, nada.

Ahora es cuando nos preocupamos de sacar cosas originales, de aplicar técnicas que sean distintas a las del vecino, para poder abrir un mercado y no ofrecer todos las mismas piezas.

—Estos motivos de decoración, que son verdaderos cuadros, ¿son copias de láminas antiguas o ideas originales?

—Son escenas o motivos que yo veo apropiados. Son, casi siempre, copias que yo pongo a mi gusto, con las tonalidades que a mí me parece que quedan bien.

—Aquí hay miles de piezas. ¿Todas las decora usted?

—Todo decorado a mano y hecho en el torno. Nada de molde y nada de calco. El pincel y los días que hagan falta.

Hay cosas que se hacen rutinariamente, porque son fáciles, pequeñas..., que no requieren un cuidado o un tiempo especial. Pero las piezas de exposición, que merecen la atención de los coleccionistas, suponen mucho trabajo y mucho

cuidado en él. Yo soy muy metódica pintando. No dejo un trabajo hasta que no lo veo perfecto. ¡Para mí, claro!

—Para realizar estas pinturas, que lo son verdaderamente, ¿no ha pasado por una escuela de arte?

—Nada. Todo es intuitivo, gusto personal y mi paciencia.

—Y eso le ha dado buenos resultados.

—Hasta ahora bastante buenos. A nivel de provincia, esta fábrica creo que se destaca entre todas.

—¿Cuántas fábricas tiene La Rambla?

—Casi las cien. Hay que venir aquí para conocerlo. De todos modos yo creo que el fallo está en que cada año aumenta bastante el número de fábricas, pero muchos de los nuevos fabricantes no son alfareros sino gente que quiere salir adelante porque está en el paro. Estos, generalmente, hacen cosas repetidas, que están hechas, que pertenecen a fábricas cerradas porque no salían adelante. Crean que pueden vivir como vive un alfarero que lleve veinte años trabajando.

Pienso que la alfarería alcanzaría otro nivel si todos los fabricantes del pueblo nos preocupáramos de hacer cosas con calidad. Cosas bien hechas aunque tengas que pe-dir más de dinero. Yo creo que busca artesanía, pero hay que hacerlo bien para que no se cansen ni se vuelvan. Hay cien fábricas, pero bastante ausencia de profesionalidad: sólo moldes y calcas.

—¿Eso provoca que la obra del alfarero sea más de utilidad que decorativa o con auténtico valor artístico? Porque aquí veo cosas realmente bellas.

—Sí. Debe ser un trabajo digno de admiración, como un cuadro. Un objeto que tú lo tengas en tu casa seguro de que no lo tiene el vecino. Son piezas especiales que aunque te dediques todo el año a decorarlas salen contadas. Porque no hay tiempo para hacer más.

—Usted firma todas las piezas, incluso los ceniceros, que son pequeñas. ¿Supone un orgullo estampar su firma con el pincel, que la gente vea y busque su obra?

—El comprador debe establecer un orden en sus preferencias, que sepa lo que compra, que tenga un sello distinto a los demás. Que sepa a ciencia cierta que es una obra artesanal. Hemos tenido oportunidad de hacer cosas con moldes bonitos y calcas, pero yo eso no lo veo.

—En algunas exposiciones de aquí hemos visto productos que nos han chocado: porcelanas finas, mimbres, piezas de China o Japón. ¿Qué piensa de esto?

—Muchos lo que hacen es comprar la pieza en barro, en Bailén, que es mucho más barata, y aquí le dan la última cocción, el brillo y el esmalte. Lo hace mucha gente. Te lo llevas a tu casa y lo vendes a tu público como si fuera de La Rambla. No te van a poner pega ni en Bailén ni aquí.

—¿Firmaría una de esas piezas de fuera?

—No sé. Nosotros no hemos tenido ni oportunidad ni necesidad de comprar piezas de otro lugar. Ante una gran demanda y si son piezas a mano y trabajadas en el torno, con una calidad aceptable, a lo mejor

(Pasa a la página 15)

**La gente vuelve a la artesanía,
busca artesanía, pero hay
que hacerlo bien**

PROFETAS EN SU TIERRA

Catalina Alcaide Zafra

**Pienso que sería un buen estímulo
que se convocaran concursos
a otros niveles**

(Viene de la página 14)

las firmaría, ¿por qué no?

Lo que ha sucedido es que entran cosas de lo más dispar y muy malas. Porque lo bueno es bueno y se debe aceptar sea de donde sea.

Casi siempre se trata de personas que ya están bien establecidas, por lo que salen al extranjero y traen de todo. Por eso hay mucho género que no es de La Rambla.

—Usted es casada. ¿Puede compaginar el ser ama de casa con su trabajo artístico y, digamos, mercantil?

—Tengo un marido, una niña, y todo lo llevo adelante. ¡Hombre, hay momentos de agobio, en que te gustaría dedicar más tiempo a la familia, pero no se lleva mal! Mi padre lleva y trae a la niña del colegio. Mi marido tiene su negocio independiente, de televisores por cable, electrodomésticos y tal...

—Veo, Catalina, que esto está lleno de trofeos. ¿Todos son suyos?

—Todos los hemos conseguido en varias modalidades: desde lo que es el aparato de vidrio, formas, decoración, lo típico de pieza en blanco... Ahí hay, además de a vidrio y decoración, al mejor stand, que se puntúa. Son todos se concursos realizados aquí.

—¿No han acudido a certámenes de otros lugares?

—No. Más que nada, por no complicarnos la vida. Somos cómodos. Aquí nos movemos bien, sin jaleos, y no intentamos nada más. Viajar, ver... Ferias, ciudades... Deberíamos hacerlo pero no lo hacemos, ponemos, pero por medio de unos representantes de Madrid, "Alfarería española", que publican una revista. Organizan magníficas exposiciones en Estados Unidos, Noruega, Alemania... En todas las ferias de categoría están nuestros productos también.

Tampoco soy una mujer de negocios, que requieren vocación y tiempo. A la cerámica hay que dedicarle muchas horas. Si no decoras, no tienes obra. Nadie puede quedar en tu casa haciendo lo que tú sólo puedes o tienes que hacer. Es un trabajo personal.

Pinturas

—¿Ha intentado pintar cuadros al óleo?

—Empecé, pero no me gusta esa técnica. Lo que es el óleo en sí no me gusta. Prefiero los óxidos. Los veo más limpios, más suaves... Es otro tipo de pintura.

—¿Dónde adquiere las pinturas?

—Aquí mismo, en el pueblo, y se compran por kilos. Después, tú lo mezclas con un fundente, agua, y ya está la pintura hecha para decorar.

El proceso es el siguiente: cuando la pieza está terminada en barro, tiene que secarse, por lo que se debe esperar unos días para que la humedad salga. En invierno tarda más, naturalmente, y hay más roturas. Es por lo que empleamos el chubesqui con leña para que el ambiente esté caldeado.

Pasa al horno, de lo que sale la pieza en bizcocho, que es en blanco, dispuesta para decorarla. Se decora y se le da un baño de vidrio, que es una capa que tapa lo pintado y que, al fundir, queda como la peli-culita de cristal.

—¿Qué tiempo puede llevarse una pieza de dimensiones medias?

—El alfarero hace lo que es la pieza. En decorarla, sin otra cosa que ornamentos de hojas, líneas, flores..., se te puede ir un día entero. El pincel corre deprisa, aunque se vea muy metódico y muy perfecto. Son una agilidad y una soltura



La voluntad y la búsqueda son los mayores valores de su persona.

adquiridas.

—¿Y en pintar esa maja, ese cuadro completo del jarrón grande?

—Eso requiere días. Muchas, muchas horas. En ese tipo de trabajos no puedo establecer un límite de tiempo. E incluso, si para que resulte según lo que yo quiero tengo que hacerlo lento, pues así lo hago.

—¿Ha tenido que deshacer muchos de los dibujos iniciados?

—Pues la verdad es que no. Cuando cojo la pieza, además de las ganas de verla terminada, influye el tiempo que he andado pensando lo que quería hacer. Es raro que me salga mal con tanto interés como le pongo. Quiero hacerlo bien y lo hago bien.

En cualquier caso, son piezas que se realizan ocasionalmente, por exposiciones, encargos... o simplemente por un deseo personal y especial de verlas realizadas.

—Veo en usted, como autora, más el deseo de una satisfacción por la obra terminada y bien hecha que en buscar el beneficio económico que el trabajo le pueda reportar. Quizá por esto no es usted una mujer de negocios. A pesar de todo, ¿compensa económicamente un esfuerzo así?

—A una pieza que has decorado con mucha ilusión procuras ponerle un precio digno, que compense. He vendido algunas cosas por setenta y cinco, ochenta mil pesetas... Pero muchas de las cosas que más me han costado, la mayoría, me las quedo yo para mí. No me quiero desprender de ellas. Con todo, depende del tamaño, del cliente... Deben reunirse muchas circunstancias.

Son obras de capricho, de coleccionista; para tener en un sitio apropiado de la casa, donde decoren y sean agradables para contemplar.

—¿Conoce ceramistas a nivel

nacional o internacional?

—No personalmente. Por oídas, sí. También porque aparecen en revistas. Suelen destacar en alguna de las modalidades o pasos que esto tiene: vidrios, torno, decoración... En Bailén está Tito, que todo lo que hace es de prestigio. Le viene de varias generaciones. Está instalado en Ubeda. En Talavera visité a Mauri, con murales gigantes, reproducciones de El Greco, Murillo..., a tamaños monumentales.

Se aprende de su estilo, de la forma de poner las pinturas, de la perfección. ¡Claro que aprendes! Y tratas de aportar tu granito, de hacer con arreglo a tu personalidad.

Estuve en Italia y vi mucha cerámica, pero fue con motivo del viaje de novios y tampoco son días de mucho aprender en eso. Florencia, Venecia, Roma, Milán... Hice muchas fotos pero no conocí artesanos personalmente.

—¿Se convocan los concursos de La Rambla a un nivel nacional?

—Normalmente no. Son concursos para la gente de aquí.

—¿No interesaría a los artesanos rambleños más participación de fuera, con lo que supone de publicidad y difusión de su nombre y su producto? Aquí estoy viendo tantos trofeos que debe usted llevárselos casi todos cuando hacen concursos.

—Sí. Pienso que sería un buen estímulo que se convocaran concursos a otros niveles. Competir con los de fuera sería bueno para todos nosotros y enriquecedor. Cuando alguien de aquí gana con frecuencia, la gente se desanima y no es bueno ni siquiera para el que se lleva el trofeo una y otra vez. ¡Más rivalidad y una meta más difícil de alcanzar!

—Se lo diremos a su alcalde.

¿Participan ustedes en otros concursos?

—Sí. Hay concursos en Jaén y en otros lugares de España, con premios importantes. Económicamente compensa más que aquí. Además, en La Rambla te retiran la pieza para un museo de cerámica que se quiere montar en el castillo, que se está acabando la instalación.

—¿Pues nada: que el Ayuntamiento convoque un concurso en la prensa regional y con esta dimensión! Dígame: ¿Cuántos artesanos trabajan aquí?

—Sólo mi hermano y yo. También su novia suele trabajar. Pero el sistema de ventas es directo con el cliente. Viene, ve lo que hay y se lleva. Tampoco son piezas de fácil envío, porque se suelen romper. Enviamos varios pedidos a Nueva York y llegó casi todo roto. En cualquier caso, vienen a visitarnos de todos los puntos de España. Meten las compras en el coche y se las llevan. Después puede venir un pedido serio, aunque no da buen resultado por los accidentes que le digo. Tuvimos algunas experiencias pero nada positivas, a pesar de los seguros y tal.

Reconocimiento

—¿Cree que sus paisanos la quieren lo suficiente como para considerarla "profeta en su tierra"?

—Pienso que sí, que cuando una persona hace algo con un valor, se la quiere y respeta. En el ambiente está esa especie de admiración, de consideración. Trato de dejar el nombre de mi pueblo bien alto. Defiendo lo mío, pero al mismo tiempo, la artesanía alfarera de La Rambla, que la hay muy buena.

Quiero que se sepa que la cerámica Alcaide está hecha en La Rambla.

—Esto de la decoración que usted hace ¿cree que se acerca más al trabajo de la mujer que del hombre?

—Aquí es preferentemente un oficio de mujeres. Sin embargo, en Sevilla, mitad y mitad.

—¿Es usted feminista?

—Pienso que no. Estoy convencida de que en inteligencia, voluntad, ingenio..., la mujer y el hombre son iguales. Lo de las feministas es obsesivo. Aunque a mí me gusta que el hombre tenga ese aire de hombre que debe tener. Me gusta que el hombre proteja, que tenga detalles, que oriente... Que cada uno tenga su oportunidad y su sitio, pero sin extremos.

—¿Su marido friega los platos?

—No lo hace, pero me gustaría muchísimo que un día, si fuera necesario, lo hiciera. Es un fallo de educación. No creo que haga una cama o tienda la ropa, entre otras cosas, porque no hay necesidad, pero ganaría muchos puntos si lo hiciera.

—Con todo, es usted feliz.

—Unos días, sí. Otros días no. Siempre feliz no se es.

—¿Qué es lo que más le preocupa de cuanto pasa?

—El terrorismo. El terrorista no merece más que recibir con la misma moneda. Así que soy partidaria para ellos de la pena de muerte.

La droga es otro problema grave. Los jóvenes no saben lo que quieren y se enganchan a esa muerte. Están cambiando, inseguros y hartos de todo. Por eso buscan lo que no hay. Y liberalizarla sería peor.

Catalina Alcaide Zafra es un aliento. El barro salido de la tierra empieza a vivir con la caricia del alfarero, con la voluntad del hombre que le da forma, con el reflejo de historia o de naturaleza que esta voluntariosa mujer rambleña le imprime.